

Petroleros: Derrota de los líderes y del sindicato

Fabio Barbosa Cano*

Recuento preliminar de los acontecimientos de enero en el STPRM. Las citas entrecuilladas se han tomado de los desplegados y noticias publicadas en los diarios capitalinos y en la prensa regional: El mundo de Tampico, La opinión de Minatitlán y La Tribuna de Campeche.

Antecedentes

A partir de 1981, Pemex ha venido sufriendo crecientes dificultades. En ese año sus precios de venta disminuyeron, se quedó, temporalmente, sin una parte de sus mercados. Sus seculares problemas financieros se agravaron. En 1983 resintió una nueva caída de precios y, en diciembre de 1985 y enero de 1986, ocurrió lo que el ministro Serra Puche llamó una “debacle petrolera”; en octubre de 1988 volvieron a desplomarse los precios. Todo esto ha provocado reajustes de trabajadores en el área de nuevos proyectos, cancelación de contratos con compañías privadas en la rama de exploración, restricción de algunas actividades, como en refinación y petroquímica. El liderato del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM) se resistió a ser afectado en los excesivos privilegios o prebendas que obtuvo en los días del boom.

En defensa de sus contratos y negocios se deslizó hacia la oposición política. Sólo el enorme poder con que contaba explica que, olvidando las más antiguas experiencias de la historia obrera, desafiara al gobierno.

En esa medida el equipo dirigente se convirtió también en un obstáculo para los planes, ya en marcha, de reorganización de la empresa, que tienden a combatir su hipertrofia y ampliar las áreas de intervención del capital privado. Estas contradicciones culminaron violentamente el martes 10.

Los paros del 10 y 11

Al conocerse las noticias de las detenciones, estallaron espontáneamente huelgas parciales en Petróleos Mexicanos. Virtualmente todo el sistema fue afectado aunque no puede hablarse de una paralización total.

Los trabajadores de las refinerías de Azcapotzalco, Tula y el centro administrativo de la capital se concentraron en el zócalo de esta ciudad.

En el Puerto de Veracruz los líderes seccionales convocaron a una precipitada conferencia de prensa en la que negaron estar instigando el paro. “Hemos pedido cordura”, aseguraron, pero los trabajadores “han decidido salirse y dejar de trabajar”.

En el puerto de Coatzacoalcos, estratégico por el control que desde ahí se efectúa de una parte de los campos y terminales de exportación, el líder seccional, sintiéndose empujado ante la magnitud de las decisiones que había que tomar, pidió ser substituido por el “hombre fuerte”: el señor Vasconcelos Guevara. Algunas versiones indican que, este último, alcanzó a ordenar la paralización de las actividades en la Sonda de Campeche, antes de ser detenido.

Las actividades en las plataformas marítimas, en las que se extrae el 65% de la producción nacional de crudos, fueron parcialmente suspendidas. Los técnicos y empleados se trasladaron a Ciudad del Carmen y Villahermosa.

En la refinería de Cadereyta, en Nuevo León, los paristas mantuvieron “retenidos” a más de mil empleados de confianza.

Seguramente las protestas más violentas y generalizadas ocurrieron en el corazón del cacicazgo: la zona conurbada de Madero, Tampico y Altamira. Ahí la paralización abarcó a casi todas las actividades económicas. Se tomaron los puentes que permiten el acceso a la región y se inició un “plantón” frente al edificio de la Sección Uno al que se unieron colonos, estudiantes y obreros de otros sindicatos. La concentración, que llegó a alcanzar 20 000 personas se prolongó por nueve días.

El ejército intervino, pero limitándose a recuperar los puentes y romper el bloqueo de carreteras.

En un primer informe sobre el conjunto de estos trastornos, Pemex aseguró que se prolongaron por 48 horas durante las cuales las operaciones de la institución fueron “irregulares”.

Protestas sin perspectivas

Los paros, a los que espontáneamente acudieron los trabajadores, fueron rechazados, como método de lucha, por los principales dirigentes del sindicato. Las huelgas se levantaron no tanto por la intimidación militar o las amenazas de Pemex de iniciar despidos o acudir a importaciones de petrolíferos para anular sus efectos.

La cúpula sindical, víctima de una sorpresa absoluta, reaccionó, sin embargo, con uniformidad y relativa presteza en el llamado a sus bases a regresar al trabajo.

En esta decisión coincidieron Barragán y La Quina. El primero, antes de ser aprehendido y hospitalizado ordenó levantar el paro. En cuanto a Hernández Galicia, la primera vez que tuvo

* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

oportunidad de hacer declaraciones públicas hizo gala de un salinismo tardío y decepcionante para sus seguidores, a quienes dejaba sin asidero.

Conviene sin embargo registrar otros comportamientos y vicisitudes que se presentaron en la dirigencia sindical petrolera en las horas críticas del golpe del 10 de enero.

La ruptura de la coherencia en el liderato

Sin poder evaluar, en un primer momento, los alcances de la ofensiva que sufrían, los líderes exhibieron diferentes conductas.

Un primer grupo intentó huir, o esconderse. Algunos iniciaron un precipitado retiro de fondos en los bancos o se dedicaron al saqueo de archivos comprometedores. Sus temores no carecían de fundamentos pues, en lo que podríamos llamar un segundo grupo de líderes seccionales, varios fueron efectivamente detenidos y conducidos a los cuarteles militares.

Una tercera franja muy heterogénea y reducida, casi marginal, insistió en la posibilidad de continuar los paros.

Un cuarto agrupamiento, el más influyente y representativo, asumió la responsabilidad del sindicato agredido. Se acuerpó en torno a Fidel Velázquez en la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y diseñó las primeras respuestas.

Finalmente, una parte de los líderes, encabezados por Sebastián Guzmán Cabrera, a las pocas horas de este verdadero terremoto político, la tarde misma del martes 10 de enero, se dio a la tarea de desplazar a los quinistas, levantar las huelgas e iniciar la construcción de sus propias bases de apoyo.

De los "desaparecidos", a pesar del férreo control de la información, puede ya elaborarse una primera lista: Tomás ("Chito") Cano, Secretario Local de la Sección 36, en Reynosa, que sólo volvió a dar señales de vida una semana después de la hecatombe. Raúl Charles Treviño, líder de una de las secciones en Villahermosa, huyó con todo y su familia y reapareció hasta el viernes de esa primera semana, con un amparo en el bolsillo y, como veremos, realineado en favor de Guzmán Cabrera. Alfredo López Ramos, líder de la Refinería de Salina Cruz, la que controla desde que López Portillo la inauguró en la década de los setenta. Su gente lo defendió, impidiendo que el ejército lo apresara el martes 10. Luego se esfumó. Casi una semana después, uno de sus subordinados explicó que continuaban buscándolo. Los militares encargados de su captura, incluso sacaron de su domicilio, en Salina Cruz, al trabajador Sergio Villalobos para interrogarlo, en la guarnición militar, sobre el paradero de López Ramos. Apareció, al fin, hasta el 16 de enero. Negó haber estado preso.

Entre los detenidos estuvo Carlos Vasconcelos Guevara, que heredó de su padre, un cacicazgo formado en la Sección 31, desde los años sesenta, aún antes de que surgiera el quinismo. Vasconcelos fue interrogado en México, presionado y devuelto a su zona, en Coatzacoalcos, por supuesto ya convertido en sebastianista.

En la zona del istmo, fue evidente el acoso por parte del Ejército y la Policía contra los líderes seccionales quinistas. Se pretendía eliminar obstáculos para el ascenso de Guzmán Cabrera. Fueron perseguidos, y probablemente detenidos hasta que se "disciplinaron", Ricardez Orueta, de la Sección 22 de Agua Dulce; Onésimo Escobar, de la Sección 26 de Las

Choapas; Francisco Tenorio de la Sección 31; David Ramírez del complejo petroquímico en Cosoleacaque; César Sánchez, Juan López Alcántara y Jorge Wade de la Sección 10 y, por supuesto, Wilfrido Martínez, el Secretario General de esta última sección, presumiblemente, hasta la fecha continúa prófugo.

Situaciones similares, aunque no tan ostensibles como en el Sureste, crearon lo que el Secretario General Interino Meléndez Maranto llamó "un ambiente de pánico" en el que se produjeron los retiros de fondos y los amparos. En relación al primer asunto, se formularon denuncias de que había comenzado al día siguiente mismo de la detención de La Quina. La Procuraduría General de la República (PGR) aseguró haber detectado retiros bancarios por más de 1000 millones de pesos en el curso de la primera semana de los hechos que narramos.

El primer quiebre: la definición de la CTM

Don Fidel Velázquez es un auténtico líder entre los dirigentes obreros de México. Ha conquistado autoridad política y moral sobre ellos. A su experiencia y sabiduría se acogió el reducido grupo petrolero que, sorprendido en México al producirse el golpe, le entregó la responsabilidad de definir la política a seguir en las aciagas circunstancias del día 10.

Hubo una primera reacción precipitada. Realmente no expresó la política de la CTM. Acaso sólo mostró la terrible confusión de las primeras horas. El propio Comité Nacional de la central, por escrito, afirmó:

... Se vulnera gravemente al movimiento obrero y al régimen de derecho... de no corregirse abrirá una etapa de autoritarismo... demandamos la inmediata libertad de los compañeros arbitrariamente detenidos [Apelando a todas las organizaciones obreras y a las demás fuerzas progresistas y revolucionarias las llamé a:] mantenerse en estado de alerta [para] actuar en su momento como las circunstancias lo demanden...

Pero esa misma noche rectificó estas primeras declaraciones y definió su actitud ante el golpe y su política ante el régimen.

No podía inclinarse por la confrontación.

Precisamente esa línea de pugna contra el gobierno los había conducido a los hechos que ahora se suscitaban.

Esa misma noche del martes 10, cuando Barragán aún se encontraba en el edificio cetemista, Don Fidel se encaminó a Los Pinos.

Quizá el licenciado Salinas ni siquiera lo recibió. Tal vez uno de sus ayudantes le mostró la documentación y los dispositivos que se tenían, desde largo tiempo preparados.

Todos los recursos del Estado estaban siendo aplicados para aplastar lo que el periódico del gobierno llamó un "imperio criminal, económico y político".

El empleo del ejército y de la fuerza era lo de menos, en realidad fue un golpe casi incruento. Lo esencial eran las medidas políticas. El control de la información. La batalla para conquistar a la opinión pública y aislar políticamente al enemigo.

Quizá esa noche Velázquez conoció las investigaciones que serían difundidas en los días siguientes: la extensión de las empresas de Bolaños y sus contratos, que permitirían exhibir a los presos como los “verdaderos reprivatizadores”. Las cuentas en dólares en el Chase Manhattan Bank y el First National City Bank de Nueva York, que los mostrarían encabezando la lista de los odiados sacadólares. La investigación sobre el asesinato de Torres Pancardo, y otras.

Tal vez se le informó sobre los planes del quinismo para la próxima asamblea de la CTM. Planes reales o inventados, pero que no parecían descabellados: los petroleros estaban en plena ofensiva. No cejaban en sus denuncias y aún elevaban el tono de sus amenazas, como ocurrió en la asamblea del 4 de enero. En ella insinuaron responsabilidad gubernamental en el asesinato de Lenin Falcon y el atentado contra Emérico Rodríguez. No parecía exagerado atribuirles la preparación de un “albazo” que, desplazando al propio Velázquez, convirtiera a la CTM en el principal baluarte de la ofensiva quinista.

Tal vez no se le informó nada y con el puro desaire Fidel comprendió. ¿Cómo arrojar por la borda las experiencias seculares y confrontarse con el Gran Tlatoani?

Fidel regresó al edificio de Vallarta, Barragán se entregó a los tribunales, se ordenó evitar los paros, se disolvió la concentración en el Zócalo y, por supuesto, se dejaron aislados a los grupos que preparaban la manifestación del jueves 12.

Definida la táctica, al siguiente día, lo que pudo reunirse del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) y ejecutivos seccionales, eligieron a Ricardo Camero Cardiel nuevo Secretario General.

Algunos vieron en estos episodios una nueva “traición” de Velázquez. Sin aludirlos, Camero explicó la verdadera situación: “Fidel es el jefe nuestro... en todo momento ha estado a la altura de las circunstancias”, él ha evitado que “ocurriese una desbandada”.

El golpe a Camero

Apenas han transcurrido 48 horas cuando en el salón “Carranza” de los Pinos, la CTM tiene que apurar el trago amargo de la capitulación pública. Sin mencionar una sola vez el caso petrolero, expresa “el reconocimiento y apoyo de la CTM al gobierno del licenciado Salinas” y se deslinda: “la CTM jamás ha respaldado conductas delictuosas”.

El gobierno, que ha superado el peligro de la extensión de los trastornos en la industria y ha logrado alinear a la cúpula sindical, avanza en su ofensiva. Ahí mismo, en los Pinos, apenas concluye la visita de la CTM, Gustavo Farrell Secretario del Trabajo desconoce a Camero. Su elección es “ilegal”, dice.

Casi simultáneamente, Camero, aterrorizado, abandonó precipitadamente el edificio del STPRM, en las calles de Zaragoza No. 15. Se supo que “ante la presunción de que el ejército y la policía irrumpieran en las oficinas y realizaran nuevas detenciones”, solicitó que todo mundo evacuara el local. No se trataba de temores infundados. Elementos militares y policíacos tendieron un cerco frente al sindicato. Posteriormente se “explicó” que trataban de “evitar el saqueo de documentos valiosos”. El Nacional describió en sus páginas un edificio vacío al que “sólo quedaron custodiándolo elementos de seguridad”. A pesar de todo la CTM y el Comité Ejecutivo Interino, ensayaron una débil resistencia.

El licenciado Juan Moisés Calleja, ex Ministro de la Suprema Corte y asesor jurídico de la CTM, polemizó con Farrell: “su juicio es prematuro”, señaló, pues la documentación respectiva, ni siquiera se había entregado a la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS). Al mismo tiempo, después de una reunión de la CTM y el Comité Interino, se anunció que se convocaría a una Convención Extraordinaria para legalizar la elección del senador Camero. La STPS ni siquiera se molestó en replicar o comunicarse con los líderes obreros, el viernes 13 expidió un oficio en el que simplemente “tomó nota” de que el Secretario General era José Meléndez Maranto.

El nuevo ataque, ya no con la cobertura de “un asunto judicial” o la “persecución de delitos del orden común”, sino como abierta intromisión en la vida sindical, produjo un nuevo reagrupamiento en el interior del STPRM.

Resistencia en las Secciones del Norte

Los líderes de las Secciones del Norte: 1, 33, 42 y 47, con sede en Tampico y Ciudad Madero; 3 de Ebano, SLP; 13 de Cerro Azul; 21 de Ciudad Camargo, Chih., 25 de Naranjos y 36 de Reynosa, convocados a la asamblea permanente en Ciudad Madero, formularon un planteamiento propio. En el documento que lanzaron a la opinión pública insistieron en que la agresión al sindicato estaba relacionada con los proyectos privatizadores del régimen. “... lucharemos con todas sus consecuencias... para mantener vigente el legado de Lázaro Cárdenas, que todos los gobiernos revolucionarios anteriores han mantenido incólume”. Le recordaron al presidente Salinas, lo que sugiere un reproche, las promesas que formuló durante su campaña respecto a que “la industria petrolera jamás sería entregada a la iniciativa privada o a las empresas trasnacionales”.

Asumieron la defensa de los que llamaron “compañeros de nuestro Comité Ejecutivo Nacional”, “injustamente privados de su libertad”. Pidieron al gobierno federal “que cese el terrorismo político en contra de nuestros dirigentes seccionales” y “respeto a nuestras actividades sindicales” para que apegados a los estatutos y según acordaran las mayorías pudieran “designar a los nuevos funcionarios que integran el Comité Nacional”.

Este pronunciamiento, por el respaldo de casi un tercio de los líderes seccionales, es, creemos, revelador de la interpretación que predominó sobre los acontecimientos, en amplios sectores de la base petrolera.

Las Secciones del Sur

En el curso de apenas una semana en las Secciones del Sur y Sureste se produjo una gran recomposición política. Ya se apuntó que los cambios en las “lealtades” habían ocurrido en los cuarteles y guarniciones militares a los que fueron conducidos algunos dirigentes seccionales. También la Secretaría de Gobernación jugó un importante papel en la apresurada creación de una pieza de repuesto para el quinismo.

Sebastián Guzmán Cabrera había sido, como otros muchos líderes locales, arrollado por el avance del quinismo en los días del “boom” petrolero de los años setenta. No existen evidencias de que haya presentado oposición en los tiempos en que el grupo Madero engulló las nuevas secciones creadas en

el Sureste, subordinó a los cacicazgos ya existentes o aniquiló, incluso físicamente, a quienes lo desafiaron.

En la lucha contra Pemex, en el sexenio pasado, Guzmán apareció alineado con el discurso quinista, particularmente acre contra el licenciado Beteta, entonces Director de la Institución.

El 14 de mayo de 1986, en una carta abierta al Presidente De la Madrid, Guzmán Cabrera, secretario general de la 10, demandaba:

...que Pemex no se maneje como una institución bancaria, sino como la industria aportadora de los mayores recursos económicos del país y como tal, requiere de una mayor responsabilidad... [es] impresionante la falta de mantenimiento... cada día aumenta la intervención extranjera en Pemex... es urgente la revisión de las políticas que mantiene Pemex...

Su sometimiento fue muy evidente cuando en la XVIII Convención del sindicato se prestó a ser quien propusiera la candidatura de Sosa Martínez de la Sección Uno. Lo anterior, como es sabido, significaba la renuncia a su derecho a ocupar ese puesto, que según el principio de rotación entre las secciones, precisamente le correspondía, en su condición, entonces, de Secretario General de la Sección 10.

Más que un antagonista Guzmán Cabrera había sido un caso ejemplar de disciplina. Hizo gala de esta virtud, hasta el último momento: con resignación aceptó su prematura jubilación.

El 10 de enero reapareció con un nuevo discurso anti-quinista, en la turbulenta asamblea que al caer la tarde se efectuó en Minatitlán. Veinticuatro horas después asumió formalmente el ejecutivo seccional. Dos días más tarde había destituido a todos los miembros del comité local e iniciado una reestructuración en el "Frente Liberal Sindicalista".

Casi simultáneamente emprendió una acometida contra los quinistas en los cercanos complejos petroquímicos de Cosoleacaque, Pajaritos, la Cangrejera y el Morelos. Es cierto que todo ello hubiera sido imposible sin las presiones "extrasindicales". No sólo las detenciones, a las que hemos hecho referencia. En esos centros de trabajo se inició, antes que en ningún otro lugar, la aplicación de castigos, por parte de Pemex, a los responsables de los paros.

Con tan poderosos apoyos, Sebastián logró, en sólo una semana, la adhesión de casi todos los cacicazgos y lideratos de las zonas Sur y Sureste.

El domingo 15 se efectuó en Minatitlán una "reunión privada" en la que capitularon Vasconcelos, de la 31; Francisco "El Chico" Balderas, de la 11 en Nanchital; Ricardez de Agua Dulce, y otros. Algunos, quizá profundamente humillados, se negaron a asistir personalmente, pero enviaron a delegados facultados para suscribir acuerdos. Estos, por lo demás, eran muy simples: 1) Rechazar lo que llamaron "la imposición" de Ricardo Camero y 2) Apoyar a Meléndez Maranto.

No todas las secciones de la región estaban, en ese momento, ya sometidas. Fue notable, en la lista de los firmantes del acuerdo, la ausencia de Salina Cruz. Pero éste era un problema menor. En lo fundamental Guzmán Cabrera había logrado "dirigir" o "encauzar", sin trastornos, "el gran cambio" en toda esa vasta zona. Entonces voló a México a dar parte de sus exitosas operaciones. El martes 17 se entrevistó con el Ministro

del Trabajo. Lo acompañaba Charles Treviño que, reaparecido, fungía ahora como jefe de la campaña de Sebastián Guzmán a la Secretaría General. Fue precisamente Treviño quien lanzó abiertamente esa candidatura para suceder a Barragán.

Desde el exterior este proceso era interpretado como la simple "imposición" de otro "cacique". Conviene precisar que, siendo decisiva la intervención gubernamental, Sebastián contó también con un relativo apoyo de masas. El grupo Madero, al imponer su hegemonía en esas zonas no sólo agredió a los lideratos locales. También lastimó derechos legítimos de los trabajadores, invadió jurisdicciones, violentó escalafones, otorgó plazas y prebendas a maderenses, tampiqueños o tamaulipecos, postergando a los istmeños que tuvieron que guardarse sus rencores. El 10 de enero esas franjas vieron la oportunidad de recuperar sus derechos.

Un examen de los discursos sebastianistas encontrará constantes apelaciones al regionalismo: significan un esfuerzo por construir sus propias bases sociales de apoyo.

Los conceptos "cacique" y "cacicazgo" conllevan, entre otros atributos, el de un cierto apoyo popular construido mediante una red de compadrazgos, amistades, servicios, favores, etcétera que confieren al "cacique" una autoridad propia.

No creemos que lo anterior se verifique en el caso de Sebastián. Por ende, el ejecutivo que encabezará en los próximos años, muy seguramente será débil, carente de bases propias, cercado por las viejas estructuras formadas en un cuarto de siglo y los nuevos grupos que ya empiezan a hacer eclosión.

Resistencia en el Sur y nuevos golpes

Las noticias periodísticas que fueron dando cuenta del proceso aquí esbozado, dejaban la impresión de un derrumbe asombrosamente rápido del quinismo, de un sometimiento muy fácil de sus huestes. Debe matizarse esta visión.

Sea porque los lideratos y cacicazgos constreñidos a firmar los acuerdos de la "reunión privada", actuaron con doblez, o sea porque sus propias bases los rebasaron, pronto estallaron nuevas resistencias.

Apenas Sebastián abandonó su territorio, es decir, salió de Minatitlán para su encuentro con Farell y la organización de su "campaña" a nivel nacional, los quinistas salieron otra vez a las calles. Usaron a los transitorios, un sector laboral siempre fácil de manejar por quien les prometa trabajo y crearon un membrético "Movimiento Revolucionario Petrolero" (MRP). Cercaron el local de la 10 y protagonizaron diversos choques callejeros entre el 16 y el 20 de enero.

Sólo pudieron comprobar lo erróneo de la táctica de embestir cuando el enemigo ataca. Fueron encarcelados Jorge Balcazar, Efraín Becerra y Jesús Rueda, dirigentes del MRP y separados de Pemex algunos importantes líderes quinistas como David Ramírez, Juventino Gutiérrez y Rosendo Enríquez. Su separación fue presentada como "jubilación".

Los trabajos de Meléndez Maranto y de Gutiérrez Barrios

Cuando Meléndez Maranto tomó posesión de la Secretaría General, el 16 de enero, aún subsistía el fraccionamiento de las

dirigencias que hemos referido. El núcleo más agresivo, en el Norte, incluso se negaba a abandonar la defensa de los presos. Por ejemplo en sus informaciones a los periódicos hicieron varias menciones a lo que se llamó "el asesinato prefabricado" del agente del Ministerio Público Federal que supuestamente cayó en el asalto a la casa de la Quina.

Por ello la tarea de Meléndez era lograr la cohesión y una táctica uniforme del STPRM.

Sus primeras declaraciones muestran su preocupación por serenar los ánimos: "no se ha destituido a nadie... todo seguirá igual". Una y otra vez repitió que "no se lesionará a nadie... ningún Secretario General, ni otros funcionarios serán removidos de sus cargos". Negó que hubiera líderes desaparecidos, "yo los he visto a todos", dijo.

Sus esfuerzos dieron fruto. Naturalmente todo sería ininteligible si omitimos las terribles presiones del gobierno. El ministro de gobernación "se encargó directamente de entrevistarse, por separado, con cada uno de los 32 líderes seccionales" y "recordarnos que sólo teníamos 3 opciones: aceptar a Guzmán, jubilarlos o enfrentar una investigación penal", reconoció uno de los sindicalistas.

Por fin, el martes 7 de enero, una semana después de la detención de La Quina, se logró la primera reunión del conjunto de los Comités Ejecutivos Locales (incluso prófugos y liberados) y el CEN del sindicato.

Se inició entonces un jaloneo que se prolongó varios días y que finalmente cristalizaría en un acuerdo. El propio Meléndez lo bautizó llamándolo "La carta de buena intención". Meléndez se congratuló de que, con ella, "se descartaban las posibilidades de desunión".

Su contenido fue ampliamente divulgado. Los secretarios generales y los jefes de los llamados "grupos mayoritarios", de todas las secciones, excepto la Uno, "se obligan y comprometen" a ser "leales y disciplinados": 1) la política del Presidente Licenciado Salinas de Gortari, 2) a su militancia en la CTM y 3) apoyar la candidatura de Sebastián Guzmán.

La caída del último baluarte

La firma de la "carta" significó un nuevo quiebre en el doloroso proceso que cursó el STPRM.

La endeble coalición que formaron las Secciones del Norte quedó deshecha. La Sección Uno apareció, entonces, peligrosamente aislada y tuvo que levantar, la madrugada del jueves 19, la concentración obrera y popular en la plaza Isauro Alfaro de Ciudad Madero. Aunque continuó, por una semana más, su solitaria resistencia que la llevaría a sufrir nuevas agresiones.

Una vez firmada la carta, se publicó la convocatoria a la convención extraordinaria que se celebró el 2 de febrero y se entregó a la STPS el calendario de las asambleas seccionales que eligieron delegados. Con todo ello el camino de Sebastián Guzmán quedaba despejado, excepto por el problema de la Uno que continuaba en rebeldía.

Para quebrar este último bastión del quinismo y de la resistencia de los petroleros a la intervención gubernamental en su sindicato, ya no fue necesario el empleo de la fuerza. Contra ellos se usó un recurso que sólo se había manejado

como amenaza, en los días anteriores: el de las investigaciones y auditorías por la PGR y de la Secretaría de Hacienda.

De este modo, el 21 de enero la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP) ordenó auditorías a las tiendas sindicales y la caja de ahorros de esa sección fue intervenida y sellada por Hacienda y por la PGR.

La PGR estaba convertida en "brazo armado de la negociación sindical", como dijo León García Soler. La Uno empezó a ceder. El 24 de enero el sector de profesionistas anunció su apoyo a la candidatura de Sebastián Guzmán. Pero es muy importante aclarar que los técnicos y profesionistas, con mucha dignidad, no abatieron sus banderas. Aceptaron apoyar a Guzmán, pero no en los términos de la "carta de buena intención". De tal manera en su comunicado a los trabajadores petroleros señalaron que apoyan NO a Salinas, sino a la política petrolera de Salinas, expresada recientemente por el ingeniero Fernando Hiriart de la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal (SEMIP) y Francisco Rojas de Pemex, esto es, la promesa de que no habrá reprivatización ni fraccionamiento de Pemex. Finalmente, los técnicos y profesionistas tampoco hacen mención del Partido Revolucionario Institucional (PRI) ni de la CTM en su pronunciamiento.

El 25 de enero Meléndez Maranto asestó otro golpe demolidor a las estructuras quinistas. Fueron destituidos 69 líderes del Comité Ejecutivo y Comisiones. Entre ellos los secretarios de Trabajo, Ajustes y Previsión Social, un miembro de la representación sindical en el Consejo de Administración de Pemex, uno de los coordinadores políticos y varios del patronato construcción de casas.

Asimismo, entre los desconocidos estuvieron los integrantes de la Comisión de Contratos, de la Dirección Nacional de Tiendas, de la Dirección Nacional de Cooperativas de Transporte y de la Dirección Nacional de Obras Revolucionarias, Políticas, Sociales y Humanistas, entre otras.

La medida implicó cercenar algunas de las fuentes de recursos económicos del quinismo.

Ese mismo día capituló la Sección Uno. Sus líderes aceptaron firmar la carta de buena intención.

Pero no ha concluido lo que probablemente constituya la más dramática experiencia en la historia del STPRM.

El "terremoto de enero" es un acontecimiento de una gran densidad política. Podemos esperar que otros cambios están por venir. No todos serán de signo negativo. Los vacíos de poder, los reacomodos entre los grupos, las nuevas alianzas, que siempre acompañan a situaciones similares, permiten esperar una reanimación de la vida política en esa tan importante organización sindical del país.

